



## DESPUES DE CHERNOBIL UN FUTURO HIPOTECADO

«Una catástrofe atómica producida por un fallo técnico, por negligencia humana o por una acción malintencionada causaría no sólo enormes daños inmediatos sino que sus efectos se harían sentir durante décadas, siglos y, según las circunstancias, hasta milenios. Esta hipoteca sobre el futuro, este miedo de las consecuencias de la energía nuclear incontrolada se convertirá en la carga más pesada imaginable de la humanidad: ya se trate de vestigios tóxicos persistentes, ya del espectro de una inquietud que no desaparecerá jamás.»

La denuncia de las consecuencias que tiene la opción nuclear para el futuro de la humanidad fue hecha ya con estas crudas palabras por uno de los teóricos del ecologismo europeo, precisamente antes de que se produjeran catástrofes tan graves como las de Harrisburg o Chernobil o de que se relanzara la carrera armamentista. Hoy, a la vista de lo sucedido, las acusaciones de catastrofismo que provocaron ya no son de recibo

entre la tan manipulada opinión pública, dispuesta a abrir los ojos ante una realidad que se le quiere escapar cada vez más de las manos.

El "accidente" de Chernobil ha forzado a los mismos dirigentes políticos y a los medios de información a reconocer la evidencia de que se trata de "el más grave en la historia de la utilización pacífica de la energía nuclear" y de que con él "se ha derrumbado el mito de la invulnerabilidad de las centrales nucleares". Han debido constatar así las trágicas consecuencias que puede suponer no sólo para las zonas afectadas (la nube radiactiva no conoce ni respeta las fronteras de unos países con otros...) sino también para la continuidad de un consenso de las poblaciones en torno a la política energética adoptada tanto en el Este como el Oeste.

Porque si bien el hecho de que se haya producido en la URSS, con la consiguiente mayor dosis de secretismo oficial, sirvió en un primer momento de pretexto

para que los medios occidentales hicieran propaganda antisoviética, muy pronto quedó claro que el problema rebasaba las diferencias de regímenes sociales y políticos y alcanzaba al cuestionamiento del modelo de desarrollo económico y de "progreso" común a ambos bloques.

La opción por la fabricación y el uso de esa energía, independientemente de los "efectos" negativos ecológicos, sociales y militares de la misma, obedecía y obedece a unos mismos criterios de rentabilidad a corto plazo comunes a capitalistas y a burócratas. Ahora incluso hemos podido comprobar cómo la cumbre de Tokio se reafirmaba en la necesidad de continuar con esta opción nuclear, a sabiendas además de que uno de los pretendidos argumentos a su favor —su coste más barato(?)— difícilmente se podrá mantener ante la multiplicación de los nuevos gastos para medidas de seguridad que deberán adoptar... para tranquilizar a las poblaciones.

¿Cuántos Harrisburg y Chernobil harán

falta para parar esa trágica hipoteca de nuestro futuro? ¿No es hora ya de que se desarrolle ese nuevo internacionalismo que funde las preocupaciones de los trabajadores y de los pueblos frente a la peligrosa combinación de catástrofes latentes (como la de la energía nuclear ahora, pero también otras, como la del hambre y el paro) y galopantes (como las de las guerras, tal como nos lo ha recordado recientemente el bombardeo USA de Libia)? ¿No es hora ya de "pensar de otra manera", tal como pedía precisamente el propio Albert Einstein, y cuestionar las bases mismas sobre las que se ha sustentado la era nuclear instaurada después de la Segunda Guerra Mundial?

Ese "pensar de otra manera" significa por ejemplo que no todo avance científico y técnico es bueno y que, como constatábamos en nuestro VII Congreso de la LCR, "existen tecnologías intrínsecamente peligrosas cuya utilización debe ser rechazada bajo cualquier sistema social: el ejemplo más claro es la tecnología nuclear de fisión, en todas sus aplicaciones conocidas".

Ese rechazo a la energía nuclear, no sólo en su uso militar sino también en el civil, puede ahora dar un salto adelante importante en la conciencia de los pueblos. Se está demostrando ya en lugares como Alemania o Austria y estamos seguros de que se producirá en la propia URSS ante la multiplicación de las enfermedades y costos enormes que van a suponer para la agricultura y el medio ambiente.

También aquí esa actitud de desconfianza y protesta tiene posibilidades de extenderse a la vista del secretismo en la información sobre Chernobil —sólo roto por médicos y científicos independientes— o de la inmediata destitución del consejero de la Junta de Extremadura que denunció irregularidades en la central nuclear de Almaraz. También en esto el gobierno del PSOE demuestra su servilismo hacia las grandes empresas del sector y su completo olvido de posiciones como la defendida por la Federación de Energía de la UGT en el pasado.

Pero, al igual que ha sucedido con el debate sobre la OTAN, también en esta cuestión los "realistas" del sistema nos van a decir que es imposible abandonar la energía nuclear y que hay que asumir los riesgos limitándose a adoptar medidas de seguridad más firmes. Aparte de contestarles que nos negamos a aceptar unos riesgos en el uso de una energía que, como reconocía Gorbachov "escapa a todo control", y amenaza la supervivencia del planeta, debemos estar dispuestos a aceptar el reto de definir modelos alternativos de desarrollo, no sólo de energía sino también de la economía y del conjunto de la sociedad.

Es en esta labor donde todavía existe un enorme retraso del movimiento revolucionario para incorporar a su proyecto emancipatorio las críticas que desde el ecologismo o el pacifismo se han planteado desde mediados de la década de los setenta a las ideologías del "productivismo" y del "progreso" que hacían abstracción del daño creciente que provocan en la Tierra en que vivimos.

La incorporación de esas críticas significa, por ejemplo, que la construcción de una nueva sociedad no podrá basarse ya en nociones heredadas de esas ideologías; que será necesaria la socialización de los medios de producción, evidentemente, pero que ésta no será un buen punto de partida si no va acompañada de "criterios ecológicos positivos, de restauración y conservación del medio, y negativos, de rechazo a las tecnologías peligrosas" (VII Congreso de la LCR).

Reflexionar sobre una época en la que vivimos peligrosamente, más allá de la utilización electoralista que algunas fuerzas políticas puedan hacer de la cuestión nuclear, es importante. Si queremos abrir nuevos caminos de lucha para el movimiento obrero y el movimiento por la paz, y si estamos dispuestos a sembrar la esperanza de que podamos frenar a tiempo esa aceleración de catástrofes que nos amenazan.

(\*) El Estado nuclear, Robert Jungk, primera edición en alemán de 1977, y en castellano por Crítica-Grijalbo, 1979.

J. Pastor